

La imaginación desatada

Antonio Villas Hernández

Cuando la profesora de Nico llamó a su madre con el fin de concertar una cita para el día siguiente, ésta no supo cómo reaccionar. La profesora no le dio más información, ni ella se atrevió a preguntar el motivo, de modo que quedó sumida en la incertidumbre. ¿Qué habrá pasado? ¿Se habrá pegado con otro niño? Era muy extraño, porque Nico era muy tranquilo, muy cariñoso, nunca había dado problemas como otros niños a los que continuamente llamaban la atención y sus padres debían acudir al colegio con frecuencia. Tal vez se había visto envuelto en una riña con alguno de aquellos niños problemáticos ¿Cómo se llama ese malcarado que ya lleva pendiente? Luima, o Luismi, eso es, seguro que ha sido el Luismi ese. Y ya estaba buscando en la guía telefónica el número de sus padres cuando llegó Julián, su esposo.

Lo puso al corriente con una mirada tan lastimera que parecía ella a quien fueran a castigar mañana. «No será nada, ya verás», dijo él con fingida despreocupación, «Nico se nos hace mayor, a los seis años,

¿qué quieres? Alguna trastada inocente, poca cosa». Y entonces expuso a su mujer el gran problema al que se enfrentaba la educación: la renuncia de muchos maestros a establecer unos límites que los padres se negaban o eran incapaces de imponer, pero no tenía ninguna duda de que ellos lo estaban haciendo como se debía, con firmeza y con cariño. Y con estos razonamientos se acostaron, él convencido de sus argumentos, ella confiando en ellos.

A la mañana siguiente, la maestra de Nico los recibió en la puerta del aula con un saludo protocolario, sin dejar entrever la gravedad del asunto. Era una mujer menuda, de edad incierta, que parecía rondar los cuarenta y cinco, aunque su mirada neutra y la expresión de infinito desamparo indicaban que ya andaba cerca de la jubilación. Mientras entraban en clase Julián observó los movimientos lentos de aquella mujer, la ropa un tanto amplia que difuminaba sus formas, la falta absoluta de feminidad. Los invitó a sentarse con una sonrisa forzada.

Carraspeó con suavidad, y alternando su mirada inexpresiva de uno a otro, dijo «los he llamado porque hay algo que me preocupa. No sé si recordarán lo que les comenté el año pasado», y permaneció unos segundos en silencio, esperando. «Los dibujos de Nicolás», añadió al fin. «Bueno, pero aquello quedó zanjado, ¿no?», dijo Julián con firmeza. «Es un niño, y ya se sabe lo fértil que es la imaginación en esas edades». La maestra ladeó la cabeza ligeramente, y en tono apagado dijo «no, no está zanjado. Me parece que no entienden la situación. El año pasado, y tras hablar con ustedes, decidí no darle importancia al asunto». Les mostró un dibujo de Nico y vieron lo que parecía un pájaro enorme, desmedido, que apenas cabía en una jaula que resultaba ridícula para su tamaño y que lo obligaba a sacar la cabeza y las alas por entre los barrotes. Da la impresión de querer echar a volar, con jaula y todo, pensó Julián. Incluso podía apreciar, a través de los trazos imprecisos, el sufrimiento

del animal, sus ansias de libertad. Y entonces se acordó de Birdy, un canario que compraron para el cumpleaños del niño. Cuando lo vio Nico en su jaula dorada, tan metido allí adentro que no podía jugar con él, comenzó a llorar de un modo tan terrible que tardaron horas en calmarlo. Era verlo de nuevo y comenzar a llorar, no lograba acostumbrarse a su presencia, así que no tuvieron más remedio que devolverlo a la tienda de animales. «Como ven, su mundo es cada día más complejo, más rico en obscenidades», añadió la maestra, mientras les colocaba delante nuevos dibujos. Eran figuras grotescas, animales imposibles que eran el resultado de la mezcla de varios a la vez, tan desproporcionados que desafiaban las leyes de la biología y de la evolución. «Es un niño, por el amor de Dios», dijo Julián, «no esperará que a su edad le apetezca dibujar un bodegón». «Miren este otro», dijo la profesora sin dar muestras de haberlo escuchado. Y les puso delante uno nuevo donde aparecía un caballo enorme, con

unas patas tan gruesas que apenas había espacio entre ellas, y unas alas diminutas, ridículas a los costados. Se encontraba a punto de saltar al borde de un precipicio, pero una línea titubeante en dirección al vacío indicaba el recorrido de su salto y lo condenaba al fracaso de antemano. Antes de que pudieran añadir nada, la maestra dijo «este dibujo no es de Nicolás, es de una niña que hasta hace poco dibujaba flores, casitas con humo saliendo de la chimenea y a su gatito durmiendo. Entiendo que los niños deben tener una imaginación fértil, pero Nicolás la tiene desatada. Sus fantasías van más allá de lo esperable en un niño de su edad, y por lo que han podido comprobar, está empezando a extenderse a sus compañeros.» Tras una pausa añadió: «lo siento, pero me veo en la obligación de preguntarles si va todo bien en casa. No sé, por si se han dado cuenta de algo que haya podido afectar a Nicolás, sé que es un niño muy sensible. Esperen...» dijo al ver que se levantaban, dando por concluida la entrevista. «No, no

esperamos», dijo Julián con firmeza, «y no se preocupe, que mañana le traerá un dibujo apropiado para su edad», y esto último lo dijo con afectación, incluso con desdén, con la certidumbre de que aquella mujer en realidad odiaba a los niños.

Al día siguiente, al comenzar la clase y sin pedir permiso, Nico se levantó de su pupitre y avanzó hacia la mesa de la maestra. Ella lo vio avanzar despacio, con la mirada fija y las manos atrás. «Le he traído esto, Señorita», le dijo cuando llegó hasta ella; y con la mano izquierda le dio algo envuelto de regalo. «¿Qué es?», dijo sin entender. El niño se encogió de hombros. Con mano torpe cogió lo que parecía un libro, rasgó el envoltorio, le dio la vuelta y vio que era una edición de *El principito*. Entonces Nico le entregó lo que guardaba en su espalda con la mano derecha, y la maestra vio un dibujo que superaba con creces a todos los anteriores en intensidad y dramatismo, y donde no fue capaz de distinguir ni siquiera la naturaleza de los animales que aparecían.